



Portada: Albañiles, grabado de Eduardo Kingman

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 6. - Enero, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

De la caridad al bono solidario
EDUARDO KINGMAN 3

Indisciplina y deslealtad en el Congreso
ANDRES MEJIA 13

Los dilemas de la diferencia
GIOCONDA HERRERA 22

HISTORIA Y CONFLICTO



¿La historia de límites o los límites de la historia?
ALICIA TORRES 29

La paz: una rectificación de equívocos
CARLOS VITERI 36

COMUNICACION Y CIUDADANIA

Ciudad, espacio público y comunicación
DORTE WOLLRAD 46

Ciudadanía: una cuestión de mediaciones
MARENA BRIONES 54

DIALOGOS



El Perú de Fujimori: entrevista a David Scott Pallmer
FELIPE BURBANO 61

FRONTERAS

Vuelve la crisis económica y de paradigmas
LUIS FIERRO 70

Los contrastes de Amartya Sen
MARK SAINT-UPERY 79

Pinochet: Más temprano que tarde
ANIBAL QUIJANO 92

ENSAYO



Fragmentos, rupturas, traiciones
JAVIER PONCE C. 101

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Ciudadanía multicultural
- Emancipación y diferencia
- Creer que se cree
- Los fines de la historia
- La sociedad sin hombres
- Socialismo para escépticos
111



“Es en ese lenguaje extranjero tomado no como discurso que va enlazando lógicas, sino como entelequia que simboliza rupturas e incertidumbres, donde mejor damos testimonio de que nos afirmamos en nuestras propias ausencias”

Javier Ponce Cevallos (1)
Escritor y periodista

No se por qué estoy allí, en la mitad de un cuadrilátero que guarda una insondable soledad. Es una ciudadela de barro en la entraña del mundo andino. Chan Chan. No soy alguien que viene de lejos, a re-

correr ruinas ajenas. Pero tampoco reconozco los lugares como aquel que vuelve a la casa de su infancia.

Esa serie infinita de peces y de albatros labrados en el barro, ¿qué rumor callaron y por qué callaron?

En la sala de audiencias nadie me espera; sin embargo, presiento que hay una cita con la historia allí, que me convoca. Pero me convoca inútilmente. No hay retorno posible. Nadie me reconoce ni se extraña tampoco por mi presencia, pero no soy el turista que recorre las ruinas de una civilización felizmente extinguida. Los nichos vacíos, ya sin ídolos, me miran desde sus ojos ciegos. En los corredores nadie está. En lo que queda de ellos hay tal calma. Pero solo aquí, en Chan Chan, ocurre que la calma convive con un dolor secreto, es una callada angustia, sin la violencia del viento. Las voces de los guías de turismo rompen el silencio de afuera. Queda el de adentro, como un surtidor de voces muertas.

¿Estoy a la hora del alba o de la muerte? ¿De la gozosa certeza de contar con una identidad de siglos, o de la extinción de mí mismo?

La noche en ruinas es el frágil y pesado inicio de un día, me digo. Y allí encuentro el comienzo de este discurso sobre las identidades en el mundo andino, el discurso, no de un sociólogo ni de un antropólogo, no son esos mis oficios. Este es el discurso de alguien obsesionado por la escritura. Es la sospecha que tiene un novelista, un periodista -un hombre- que convive con las ficciones de que podemos fundar nuestro ser en los fragmentos, en las rupturas, en las traiciones, en las humillaciones, en las mentiras y las falsificaciones que nos constituyen.

Un modo, ciertamente, violento y extraño, desesperado, de reconocernos. Tal vez por aquello de extraño, voy a intentar explicarme.

Uno: ¿Identidades o ficciones?

¿Quiénes somos, los peruanos, los ecuatorianos, los bolivianos, cuando nos interrogamos en Chan Chan, o frente a los muros de la huaca moche del brujo, que guardan aún sombras de aquellos relatos de prisioneros de las primeras culturas andinas, roturados la carne y caminando hacia el sacrificio humano?

¿No hay nada allí que pueda llamarse identidad! ¿O no hay una identidad y las identidades son devenires y, por tanto, se niegan cuando son?

¿Cuántas veces, desde hace por lo menos dos siglos, estamos los latinoamericanos recogiendo entre las manos viento? Amasando imaginarios.

Si es propio de la modernidad la duda y del renacimiento las certezas. Si en la modernidad el hombre, crítico, estalla en pedazos, mientras en el romanticismo el héroe se mantenía incólume e íntegro, entonces en la modernidad la identidad es una mutación en la memoria, en la historia.

Si lo que poseemos son dudas, en esas dudas podemos encontrar lo que es común y colectivo, lo



Eduardo Kingman, Alfarero

Este es el discurso de alguien obsesionado por la escritura. Es la sospecha que tiene un novelista, un periodista que convive con las ficciones de poder fundar nuestro ser en los fragmentos, en rupturas, en las mentiras, en las tradiciones... que nos constituyen



Eduardo Kingman, Cargadores

que nos identifica y nos diferencia, la modernidad en nuestras naciones andinas.

Dos: La identidad en una ciudad andina

Las identidades nacionales, en nuestros países, han anquilosado procesos de reconocimiento, han servido para cubrir falacias y totalitarismos, han permitido a las élites criollas eludir la diversidad. Y finalmente han sido lo que el poeta inglés Eliot llama "los espantajos, los hombres huecos, las figuras humanas llenas de estopa."

El caso más patético son las ciudades, donde, a decir de Carlos Monsiváis, la desnacionalización de la cultura urbana es consecuencia de la ineficacia de la "identidad nacional".

"La cultura urbana -dice Monsiváis- será el signo prevaleciente de América Latina, una cultura poblada de contradicciones internas y externas, que perpetuará por tiempo indeterminado coexistencias belicosas".

Y allí deberemos buscarnos.

"Somos lo que usamos" reza en el Ecuador el slogan de una fábrica de toda esa parafernalia doméstica hecha en plástico. Y el slogan me parece una enorme ironía, una perversa ironía sobre nuestra cultura andina contemporánea.

Pero ¿cuáles son esas coexistencias belicosas en las que nos iremos encontrando paradójicamente? La contaminación ambiental, la sobrepoblación, las migraciones rurales, la crisis y la heterogeneidad de las tradiciones, el desempleo y el subempleo, la escasez de viviendas, las deficiencias alimenticias, la falta de vestido, la distribución clasista del espacio, la ideología o la moral de las sobrevivencias individuales mientras en nuestra periferia -dicen por ejemplo los colombianos- ocurre la guerra.

Pero hay algo más. Las ciudades son los infiernos de los pueblos andinos. Allí los hombres vivimos todas las formas posibles de la violencia. Perdemos toda memoria. Trastocamos todo. Copiamos sin vergonzantes golpes de pecho todo. Allí los rituales se metamorfosean, los mitos urbanos pasan a formar parte de los hábitos ceremoniales. Los brujos se comunican por las ondas de radio y la Pepsicola se integra a la sabiduría del curandero. La Pepsicola, esa bebida insólita que pasa a ser, entre las manos de los andinos, líquido prodigioso para los rituales mágicos, al tiempo que el mejor antioxidante conocido para limpiar las bujías de los coches. Y en último término, una bebida.

Forma extraña de la tolerancia esta que hemos adoptado frente a la contaminación cultural sobreponiendo a los muros impolutos de un supermercado, un puesto de ventas de chicharrones.

Qué son, finalmente, nuestras ciudades, las que horrorizaron a José María Arguedas, sino el presentido más allá que los antiguos sospecharon que aguardaban a sus muertos. Un destino desolador al que debían ir acompañados de viandas y de joyas, aunque éstas fueran solo un pectoral o una nariguera pobre.

Montamos ciudades sobre las ruinas de ciudades anteriores, tal vez porque nos quedó aquello de ese pasado remoto, en el que los muros de una cultura que llegaba para dominar, se sobreponían a los muros de la anterior para que así nada muriese definitivamente, ni se conservara vivo tampoco en la

retina de los ojos de los que vendrían después. Negación en cuanto son expresión, en gran medida de una desordenada migración rural (indígena) que traslada su silencio a la ciudad y, paradójicamente, la modifica desde el más allá de la ciudadanía, desde las fronteras de la ciudad constituida. Hasta que las grandes aglomeraciones urbanas, como lo señala Hernán Ibarra, convierten a la vida diaria y los escenarios culturales en variados rituales del caos donde el sentido general de la cultura se halla diluido en múltiples sentidos y opciones.

Y en ese modo de estar y de ser en las ciudades, se cumplen las dos caras de la imagen mítica: la identidad y la negación de la identidad.

En la ciudad de Chan Chan, los pájaros creados a buril, tal vez un buril hecho con hueso de otro pájaro, o de hiena, o de un enemigo sacrificado, los pájaros rondan con la lentitud de los siglos, sus sombras y vestigios.

Tres: La identidad en la historia andina

No hay vacío de identidad, hay identidades que están constantemente negándose. Estamos frente a una especie de esquizofrenia cultural en la que la memoria lucha con la memoria, donde el hombre, por efectos de las constantes rupturas, no alcanza ese ideal planteado hace ya muchos años por Leroi Gourham, de colocar su memoria fuera de sí mismo y trasladarla a la organización social... memoria longeva de la colectividad, como la llama Yuri Lotman.

Identidad e historia se encuentran, a boca de jarro, desconociéndose, negándose.

Las identidades y la historia caminan, en nuestras sociedades andinas, a contracorriente de una "totalización inteligible e irrevocable" como diría hace ya dos décadas Ramiro Rivas.

Alcanzamos la totalización no en los signos claros y distintos, sino en el confuso y oscuro modo de asumir distintos signos, en el espejismo y en la

sombra, en la exclamación y el silencio.

Podríamos evocar aquí lo que Octavio Paz dijo a propósito de los mexicanos: "Aunque estamos preocupados -mejor dicho: obsesionados- por nuestro pasado, no tenemos una idea clara de lo que hemos sido. Y lo que es más grave: no queremos tenerla. Vivimos entre el mito y la negación, deificamos a ciertos períodos, olvidamos a otros. Esos olvidos son significativos; hay una censura histórica como hay una censura síquica. Nuestra historia es un texto lleno de pasajes escritos con tinta negra y otros escritos con tinta invisible. Párrafos pletóricos de signos de admiración seguidos de párrafos tachados..."

Así vemos la historia. Si tomáramos nuestras independencias, por ejemplo, encontraríamos una vasta literatura sobre los hechos heroicos y ni una sola palabra sobre su pobre significado como ruptura y relectura del pasado.



Eduardo Kingman, *Huangudos al amanecer*

No hay vacío de identidad, hay identidades que están constantemente negándose. Estamos frente a una especie de esquizofrenia cultural en que la memoria lucha con la memoria. Identidad e historia se encuentran, a boca de jarro, desconociéndose



Eduardo Kingman, El hijo

Nuestros procesos de independencia no constituyeron procesos en los que nuestros países, silenciados por el colonialismo, recobraron ese uso de la palabra que reclamaba Franz Fanon, pues incluso la independencia -al menos la ecuatoriana y supongo que también la de otros países andinos como Perú y Bolivia- convirtió en ciudadanos primero solo a los blancos y segundo solo a aquellos blancos que podían comprar su ciudadanía, herederos de los colonizadores. Por tanto, la mayoría de la población siguió silenciada y confinada en cuanto a su ciudadanía, continuó silenciada esa voz ausente, que reclamaba Fanon, fundamentada en una percepción interior y que debe materializarse de una manera irrecusable en la derrota de los colonialismos.

Cuatro: El fundamento de la ruptura

Nuestras sociedades no se re-piensen en la historia. La historia es un conjunto de olvidos y de mitos, de engaños y de anécdotas.

Encuentran la totalidad en la ruptura, de allí que podríamos llamar a esa civilización latinoamericana, que para Alain Tourraine es una de las pocas que sobrevivirá en el próximo siglo, como una civilización de la ruptura. Moderna quizá en ese sentido.

La paradójica continuidad en las rupturas. Oposición y síntesis en un mismo ser insólito. Alcanzamos identidades en la violencia en la que sobrevivimos. Peninsulares, criollos, mestizos, mu-

latos, indios, negros convivieron sin reconocerse ni aceptarse, necesitándose oscuramente unos a otros, sin siquiera pensarse al interior de una jerarquía social sino organizados dentro de ella por la costumbre, en un mismo universo transido por el absurdo y el desgarramiento, donde las más diversas situaciones, desde el mantenimiento inicial de ciertos rangos de nobleza indígena, hasta los intentos mestizos por blanquearse y adquirir limpieza de sangre, pasando por la trágica vigilia de los criollos hijos de blancos pero criados en el seno de las culturas indias, fueron conformando una fabulosa e infernal diversidad de vidas y de muertes.

Hemos ido, en nuestras imágenes de nosotros mismos, a la deriva. Primero con vanos intentos por imitar, en un combate constante para ahogar nuestras rebeliones. Naturalmente nos salieron unos espléndidos parecidos y unas contadas autenticidades. "Con el gusto viciado de querer siempre lo brillante más que lo sólido, lo metafórico más que lo propio, y lo hiperbólico más que lo natural", escribía el quiteño Eugenio Espejo, hacia finales del siglo XVIII.

Vivimos, en síntesis, en medio de un afuera cultural interiorizado (europeo) y un adentro social que se aliena (los indios), sostiene el sociólogo peruano Osmar Gonzales.

La búsqueda de una semejanza europea en constante contradicción con la tendencia por ser americano, hizo de nosotros pueblos con muchos rostros superpuestos.

Tal vez Eugenio Espejo es en el Ecuador la mayor metáfora de ese drama nuestro: nació mestizo en una familia empeñada en blanquear su pasado y fue enterrado como indio en la humedad de las prisiones coloniales. Lo bautizaron como Eugenio de Santa Cruz y Espejo y lo sepultaron con el nombre de Chusig.

En Espejo, el desgarramiento mestizo toma la forma del juego de las identidades... ¿Quién fue al fin? ¿De dónde vino? ¿Cómo se llamó en verdad?

¿Cuántos seres caben dentro de él? Un juego de equívocos que Espejo prolongó y explotó en su propia obra, suscribiendo algunos de sus textos con seudónimos, y provocando premeditadamente la polémica entre los supuestos autores fruto de su invención. El fingimiento fue en él no sólo un modo de resolver su origen, sino de defender sus ideas, un doloroso ocultamiento y una expresión de humor, una estrategia de sobrevivencia sustentada en su propia atomización. La expresión intelectual de un viejo drama que ha marcado de ambigüedad al mestizaje.

Al final, en medio de lo que alguien llamó una "... 'realidad' completamente destotalizada, hecha de retazos mal ensamblados, de materiales imperfectamente fusionados, a menudo disonantes", lo que nos queda es la desgarradora suerte del andino Espejo, que se siente, sí, distinto, producto "otro" de una (con) fusión de razas y culturas. Desarticulado, inseguro, incierto.

Un Espejo que, finalmente, encuentra al final de la noche su identidad.

Cinco: Identidad y diversidad

Para nosotros, el reconocimiento en los otros no es un hecho distante, no es un gesto para borrar pasados vergonzantes, no está más allá de nosotros, está, aunque negado reiteradamente, en el centro y en el fondo de nuestra historia.

Nos hemos negado cuantas veces, nos hemos avergonzado de nosotros con tanta frecuencia, nos hemos reconciliado y hemos llorado, nos hemos desollado en la historia de ese reconocimiento del otro, que llegar ahora a un presente de diversidades es un proceso casi natural.

La tolerancia frente a la diversidad se ha vuelto para nosotros, ya no un modo de delimitar los territorios personales. La tolerancia nos confunde, convivimos en ella.

Son esas corrientes subterráneas que enlazan a



Eduardo Kingman, Cabando papas

los brujos de Iquitos, con los de Guayaquil o de Chiclayo, todos bajo la sombra de un terciario venezolano, el hermano Gregorio. Esas voces subterráneas que arrastran todavía hoy a los santos y a los demonios, a los devotos y a los curanderos, en dirección a los túmulos chemes en la costa de Trujillo, o hasta la huaca del brujo para recibir las energías positivas y conocer los malos aires. Esas corrientes subterráneas que un día calificamos de sobrevivencias secretas de las culturas indias, para no entenderlas como lo que son en verdad, nuestro presente.

Son las corrientes subterráneas también, que comunicaron el pensamiento de Eugenio Espejo con



Eduardo Kingman, *Indios en la tierra*

las utopías nacidas a la sombra de Tupac Amaru, alrededor de ese fin del siglo XVIII.

Seis: Literatura sin escritura

Mi oficio es la literatura, dije al iniciar estas reflexiones. Pero en mí no hay escrituras sino dichos. Y si hay escrituras, son escrituras de sí mismas no de otros aconteceres. La escritura, aquí, no relata, sino que se piensa a sí misma.

No hay lenguajes tampoco que al escribirse hayan tenido ya forma, sino lenguas que solo se hablan, que expresan al tiempo que se disuelven, que son un permanente devenir y se interpretan a sí mismas como mitos.

Son lenguas que se interpelan y que interpelan la historia desde nada.

No hubo lenguajes escritos en América, hubo lenguas que fluían como el agua, se escapaban por entre los dedos. Eran símbolos. Y los pueblos de tradición oral tienen más que relatos, símbolos, hitos, instantes, signos congelados.

Y finalmente silencios.

Y esa condición oral, continuó en la colonia y en la República. Los indios necesitaron hablar a través de la escritura de otros, de los escribientes,

de los mestizos de pueblo, necesitaron que alguien "les dé diciendo" en la escritura.

Recorro la costa norte del Perú. Y allí solo se dice el pasado. Y cuando se lo escribe (o se lo escribió), se lo imagina. Se interpreta. Se reconstruye penosamente a partir de fragmentos, desde el imaginario de un conquistador, o desde la nostalgia de un cronista indio.

El niño que me guía por los restos de la ciudad maldita de Zaña, a la que el Dios cristiano castigó en 1720 hundiéndola bajo las aguas en pleno desierto, como en un nuevo diluvio, solo habla de lo que dicen sobre lo que la ciudad fue.

Su relato es, en ese profundo desierto peruano, la fragmentaria evocación de un espejismo. Como si Zaña se hubiese perdido, no bajo las aguas desbordadas, sino bajo un espejismo del desierto, para que el castigo fuese más inverosímil, más latinoamericano, más fatal, castigo de los dioses.

Dicen que aquí encerraban a los esclavos, recita el niño. Dicen que por aquí corrían los esclavos. Dicen que aquí dormían los esclavos entre las monjas. Dicen que las monjas se comunicaban por estos túneles con catorce conventos de curas. Dicen, dicen. Y de ese modo, la historia de la basilica de San Agustín se va convirtiendo no en una leyenda del cristianismo, sino en una historia de esclavos, porque ellos representan lo subterráneo, lo condenado, la condición realmente latinoamericana, los que se quedaron luego del diluvio de la colonización. Porque así ve la historia este niño de Zaña que tiene el rostro de los esclavos, y para quien las religiosas y los monjes fueron seres extraterrestres que se fugaron de allí con la llegada de las aguas. Solo queda de ellos un montoncito de huesos del fundador del convento. Esos huesos no tienen nada, ni cuerpo ni memoria.

Y ocurrido el diluvio, en Zaña únicamente quedaron para sobrevivir sobre las ruinas, los grandes encalabozados, los desterrados de los que habló

Lezama Lima, los latinoamericanos reales.

Personalmente, he encontrado en la literatura el escenario en donde los latinoamericanos intentamos ser. Las palabras nos desnudan y nos traicionan. Escritura y mito se ven la cara.

Mientras escribo, afirma Octavio Paz, hay un más allá de la escritura que me fascina y que, cada vez que me parece alcanzarlo, se me escapa. La obra no es lo que estoy escribiendo sino lo que no acabo de escribir, lo que no llego a decir. Yo quisiera ahora aplicar estas palabras al intento por ser andinos. El símil me parece casi perfecto. Y describe lo que realmente me apasiona de aquella identidad de la diversidad que no es más, a mi criterio, que la suma de los intentos por ser reales, por escribirnos o describirnos. Y es lo que nos tiene constantemente al borde de la vanguardia y nos permite renovarnos constantemente, incorporar lenguajes y símbolos.

Es en ese lenguaje extranjero tomado no como discurso que va enlazando lógicas, sino como entelequia que simboliza rupturas e incertidumbres, un lenguaje-totem, piel que desollamos, ritual que acometemos, esa lengua castellana amasada nuevamente por nosotros, donde mejor damos testimonio de que nos afirmamos en nuestras propias ausencias.

La violencia con la que torturamos un lenguaje europeo hasta que represente en su cuerpo contrahecho, desmembrado o crecido, nuestro ser, o nuestros muchos seres. Nuestros escritores se ufanan siempre de conocer el español con enorme rigor, para poder modificarlo después. Del mismo modo como al pintor se le pide que figure a la perfección, para después desfigurar con genio.

Siete: Nos encontramos al fin en la muerte

La muerte acaso nos enlaza a todos.

Tenemos una relación tan particular y tan cotidiana con la muerte. Algún día hablé largamente sobre la muerte con aquél entrañable Flores Galindo, que me decía que todos los días los pobres del Perú están al borde de alguna muerte y los instrumentos de la muerte están, casi, confundidos con los muebles de sus casas. ¿Quién no está, por ejemplo, en nuestros países, ya sea por el ritual o por cualquier otro motivo, habituado a manipular pólvora, se preguntaba Flores Galindo.

La muerte nos convierte en civilización que se salva del naufragio contemporáneo.

Los sacrificios humanos siguen siendo parte de una espantosa expiación o de un ceremonial. Un día mueren 27 personas en la romería de la virgen del Cisne, en el marco de una ceremonia colectiva.

Y cuánto tienen, pienso, de desgarradoramente iguales, el padre que hoy muere con su esposa, sus hijos y un perro fiel, abrazados, envenenados a causa de los efluvios de un destartado tanque de gas, rodeados de lo único que poseen -dos colchones, tres ollas golpeadas, unas cuantas cucharas, un retrato de San Toribio y unas paredes hechas con latas de kerosene-, cuánto tienen, pienso, de común, con aquel señor mochica que se enterró hace siglos con dos concubinas, un niño, dos guardianes amputados los pies, dos llamas, un perro fiel y todo lo que le perteneció en vida, cuencos, calabazas de barro, pectorales, láminas de oro y preciosos tejidos. Esplendor y miseria de lo mismo, de la misma muerte en manos del rito. Esplendor en el señor de Mochica, desgarrada sombra de ese esplendor en su descendiente contemporáneo. Semejantes, pero separados por una larga muerte.

Tenemos en común, con los americanos del pasado y entre los americanos del presente, aunque parezca paradójico, el no conocernos entre nosotros. El modo de estar en los desastres, en la muerte, en la religión, en las utopías.

La obra no es lo que estoy escribiendo sino lo que no acabo de escribir, lo que no llego a decir. Yo quisiera ahora aplicar estas palabras al intento por ser andinos